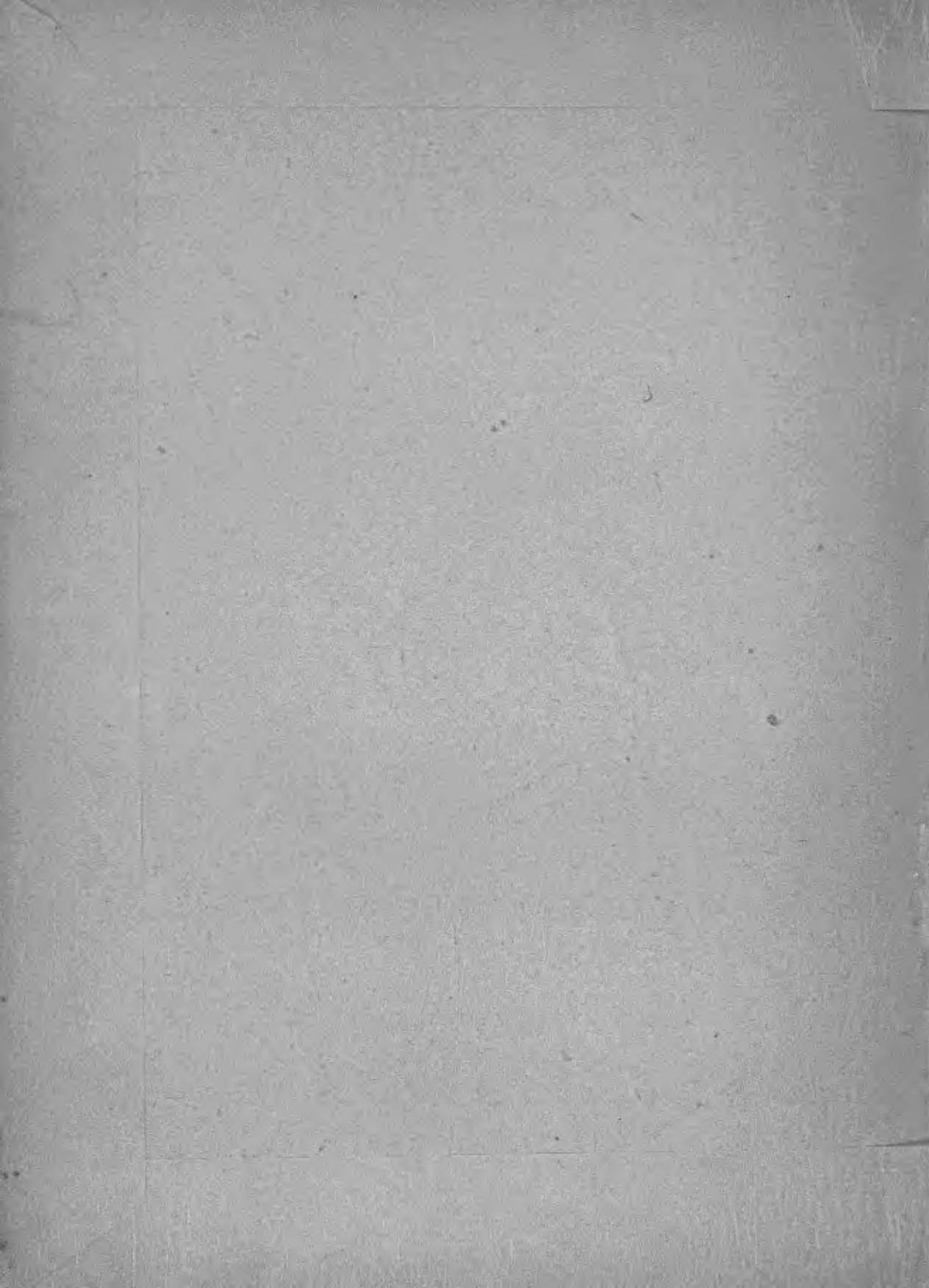


EXMA DIPVTACION DE VIZCAYA

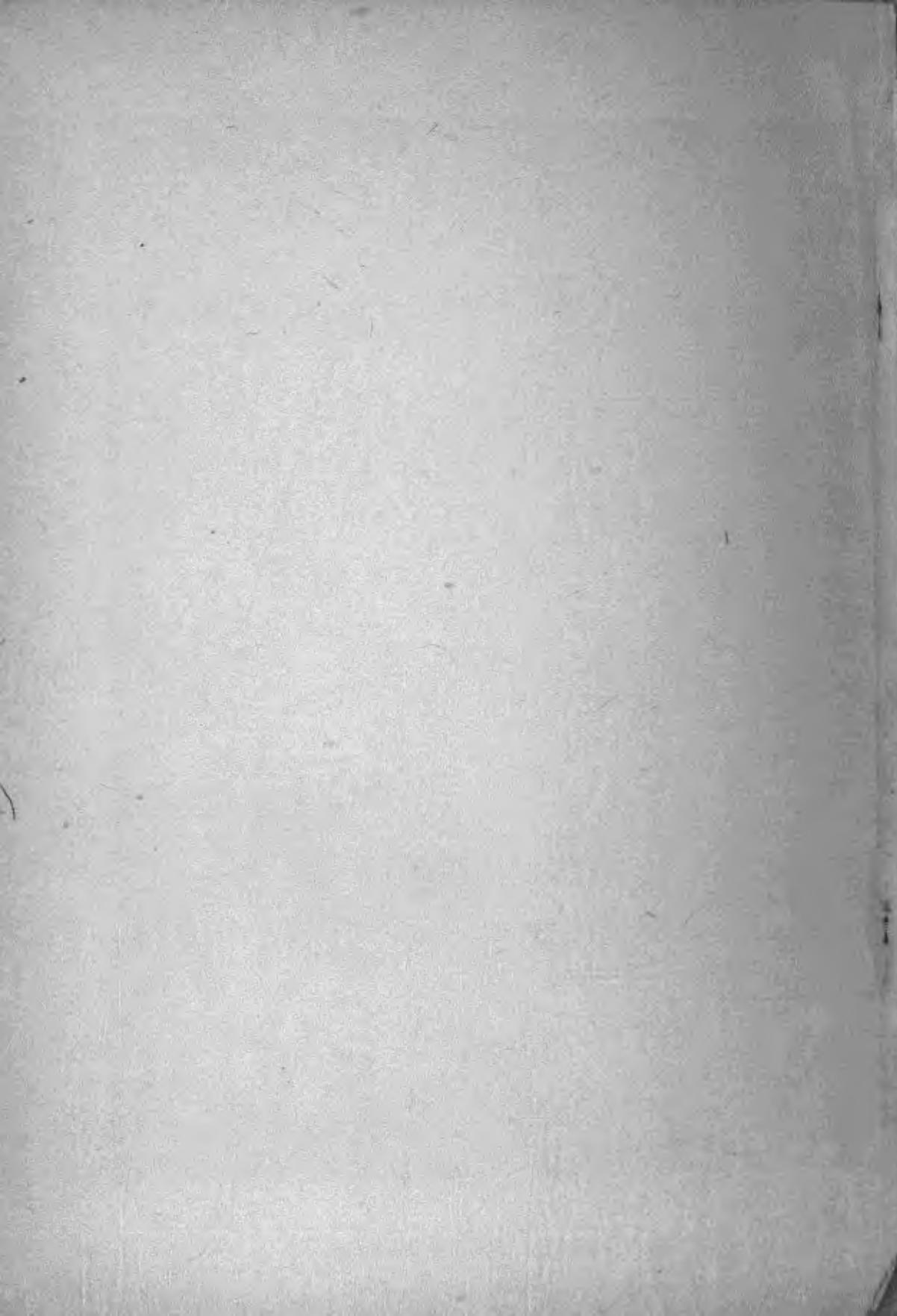
JULIO DE URQUIJO
E IBARRA

LENGUA INTERNACIONAL y LENGUAS NACIONALES.
EL EUSKERA LENGUA DE CIVILIZACIÓN

CULTURA VASCA - MCMXIX



AT&T
3643



M-10950
R. 5133



Conferencias organizadas por la "JUNTA DE CULTURA VASCA" para el ciclo de 1919

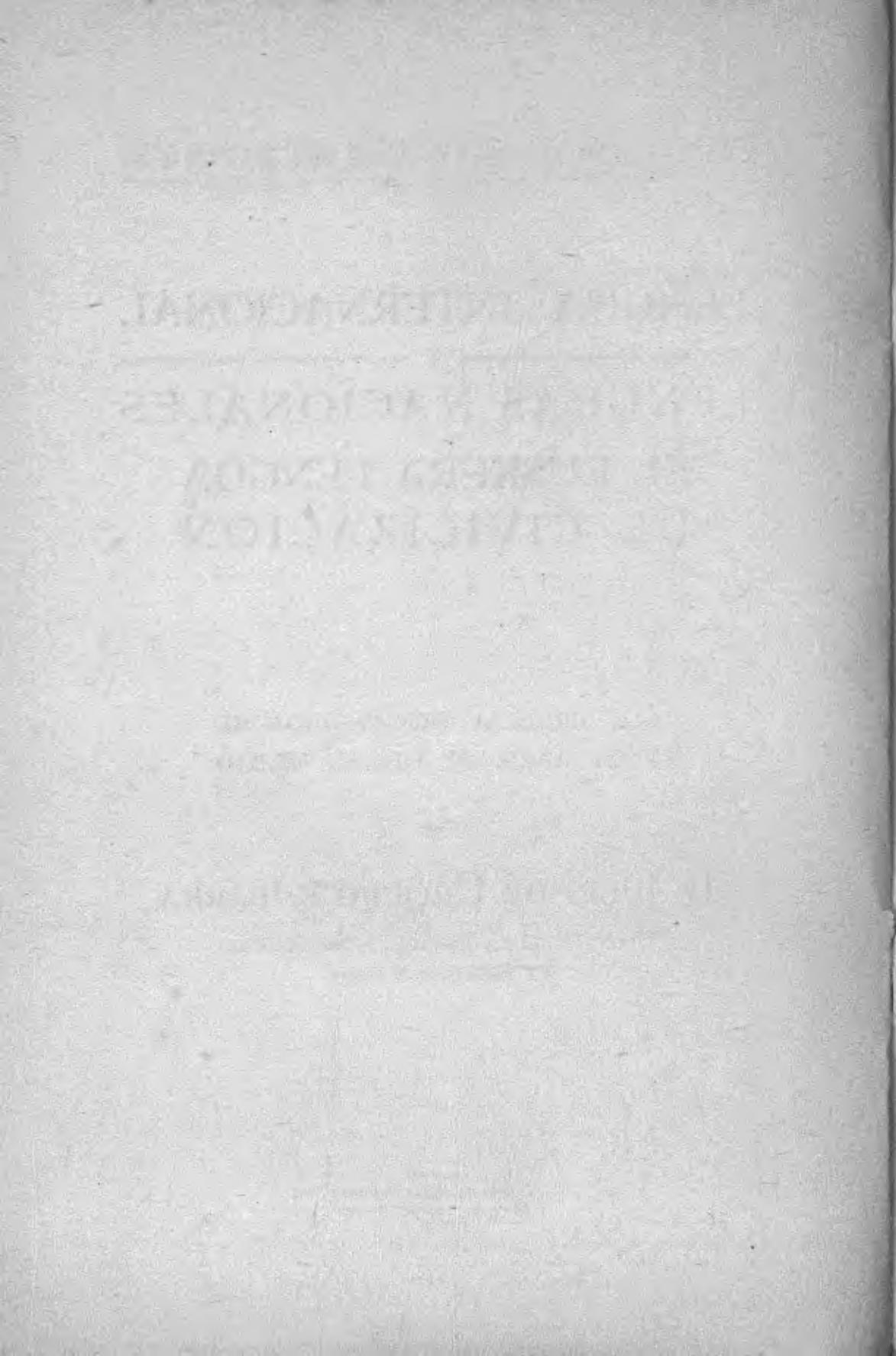
LENGUA INTERNACIONAL
— Y —
LENGUAS NACIONALES
EL EUSKERA LENGUA
DE CIVILIZACIÓN

CONFERENCIA PRONUNCIADA EL
19 DE ABRIL DE 1919, EN BILBAO

POR

D. JULIO DE URQUIJO E IBARRA
DIRECTOR DE LA REVISTA INTERNACIONAL
DE ESTUDIOS VASCOS

BILBAO
BILBAÍNA DE ARTES GRÁFICAS
HENAO, 24. TELÉFONO 1898:
1920



SUMARIO

- I LA LENGUA EN EL CONGRESO DE OÑATE.
- II PARADOJA LINGÜÍSTICA. LA LENGUA INTERNACIONAL Y EL RESURGIMIENTO DE LAS LENGUAS NACIONALES. VOLAPÜK Y ESPERANTO.
- III LAS LENGUAS DE EUROPA Y EL VASCUENCE.
- IV EL PORVENIR DEL EUSKERA.
 - a) POSICIÓN DE LOS VASCOS ANTE ESTE PROBLEMA. b) EL VASCUENCE RÉMORA DE LA CULTURA? c) EL FRACCIONAMIENTO DIALECTAL. d) LENGUA COMÚN Y HABLAS LOCALES. e) LA LENGUA FENÓMENO SOCIAL.

DEPARTMENT

SEÑORAS, SEÑORES:

De las diversas secciones en que fueron distribuidos los múltiples problemas sometidos a estudio en el Congreso de Oñate, la que más interés despertó fué, sin duda alguna, la consagrada a la lengua. Muchos de vosotros recordáis aún con simpatía, el anhelo con que el público, formado por personas de todas las condiciones sociales y cada día más numeroso, escuchaba la lectura de los diversos trabajos y seguía la discusión de los problemas planteados por los congresistas. No se ha borrado, seguramente, de vuestra memoria la nota saliente de aquella asamblea: el ambiente de transigencia, el afán de concordia de todos los vascos allí presentes que, dando al olvido pasadas y violentas polémicas, nos mostrábamos dispuestos a sacrificar noblemente cuestiones de amor propio que pudieran entorpecer la realización del objeto común de nuestros desvelos, es decir, del estudio, de la conservación y del resurgimiento de la lengua vasca.

Y es, señores, que a la antigua apatía de muchos vascos, indiferentes ante el paulatino, pero constante retroceso del idioma de nuestros mayores, sucede hoy un estado de opinión más reflexivo y más consciente, que reclama medidas energicas y efectivas que eviten, si es aún posible, la desaparición de nuestro islaote lingüístico, amenazado por los embates del océano románico que le circunda.

El presente retroceso de la lengua vascona, del que luego hablaré más en detalle, y el estado de opinión a que he aludido, son causa de que el porvenir del euskera sea de gran actualidad: por esta razón lo he escogido por principal tema de mi conferencia: conferencia que quisiera desarrollar con la mayor imparcialidad po-

sible, para lo cual he de esforzarme en exponer sencillamente mis ideas, con abstención cuidadosa de todo comentario que pudiera zaherir o aun molestar simplemente a las personas.

Pero antes de entrar en materia permitidme dé las gracias a mi amigo el Sr. Bilbao por sus amables e inmerecidas palabras y que envíe asimismo un respetuoso saludo a la Excma. Diputación de Vizcaya y a su Junta de Cultura, organizadora de estas conferencias.

Mi presencia hoy en esta tribuna, prueba su espíritu de tolerancia y su amplitud de miras, pues es notorio que milito en un partido político diferente de aquél al que pertenece la mayoría actual de la Excma. Diputación y que, aun en la materia objeto de esta conferencia, mis opiniones no siempre coinciden con las que aquí han estado en voga estos últimos años.

Verdad es que no trato de imponérselas a nadie. Sólo deseo y os ruego que me oigáis, y que aceptéis aquellas de mis ideas o puntos de vista que os parezcan beneficiosos para el resurgimiento de la lengua.

Después de todo, nada tiene de extraño que no pensemos siempre de la misma manera: que por algo dijo el antiguo adagio vasco: *Buru bezemba aburu*.

* * *

El retroceso y aun la muerte de una lengua, después de una lucha más o menos enconada con los idiomas que la avecinan, no es un hecho, como sabéis muy bien, sin numerosos precedentes y analogías en la historia lingüística del mundo, como no lo son tampoco los esfuerzos de un pueblo para dar nueva vida a su lengua.

Murieron todos los idiomas prerrománicos de la Península Ibérica excepto el nuestro: desapareció el etrusco de Italia: y en época mucho más cercana, en el siglo XVIII, se extinguío el cónico.

Luchan en la actualidad con el inglés diversos dialectos del celta: el bretón y la lengua de Oc se defienden en Francia contra la muerte: y estas y otras lenguas de

oriente y occidente, reducidas a la categoría de meras hablas vulgares, pretenden y a veces consiguen elevarse al rango de lenguas de civilización.

El caso del vascuence, cuyo retroceso se acentúa de día en día, y que cada vez se acentuará más si los vascos permanecemos indiferentes ante su desaparición y muerte, no es pues un caso único, y argüiría desconocimiento del asunto y falta notoria de método, el estudiarlo por separado, sin tener en cuenta la luz que arroja sobre el mismo el examen del problema lingüístico del mundo en general y las enseñanzas que ofrecen otros pueblos, cuyas lenguas se han encontrado o se encuentran en situación parecida a la de la nuestra.

A estas consideraciones se debe, el amplio título de mi conferencia, que abarca materias sin conexión aparente, pero en realidad de verdad íntimamente enlazadas unas con otras.

Fijémonos, en primer lugar, en que como ha dicho con razón uno de los profesores más eminentes de Francia (1), la situación lingüística actual de Europa es paradógica.

Por un lado, el incesante y rápido progreso de los medios de comunicación, el vapor, el automóvil, el aeroplano, el teléfono y la telegrafía sin hilos, estrechan las relaciones entre los pueblos, acortan las distancias, nos dan la sensación de que la tierra es cada vez más pequeña, y nos hacen sentir los inconvenientes de las barreras lingüísticas y las ventajas indudables que reportaría la implantación en el mundo de una sola lengua.

Por otro, se observa en todos los pueblos, hasta en los más pequeños, un fuerte movimiento de reacción, que se traduce en entusiastas y apasionados esfuerzos para conservar sus respectivos idiomas, hasta tal punto, que la reciente disolución de los imperios de Rusia y Austria y la constitución de pequeños estados, que corresponden más o menos exactamente a las diversas nacionalidades, favorecen el desenvolvimiento de nuevas lenguas de civilización.

(1) A. Meillet, *Les langues dans l'Europe nouvelle*; París, Payot 1918.

Para satisfacer al primero de estos anhelos y dada la imposibilidad de reducir todas las lenguas de la tierra a una sola, ni siquiera de aceptar como universal, una de las lenguas nacionales, lo que suscitaría la suspicacia y la envidia de los pueblos cuyos idiomas fuesen preteridos, preconizan hoy muchos la conservación de las lenguas naturales, y la adopción de un idioma auxiliar internacional, de acuerdo con la conocida sentencia de los volupükistas: *Menad bal pük bal, nen däm püka motik*, «Una humanidad, una lengua, sin daño para la lengua materna».

La idea de adoptar o inventar una lengua que sirviera de medio de comunicación de todos los pueblos, no es, por lo demás, nueva; pues la encontramos ya discutida en el siglo xvi por Descartes, Leibniz y otros filósofos: pero se da el caso curioso, de que el número de idiomas ideados de entonces acá para servir de lengua universal es tan grande, que, por el momento, los inventores, en vez de conseguir su objeto, sólo han logrado meternos en una nueva Babel.

El misterioso e incomparable vascuence, causa de profundos estudios y también de increíbles aberraciones, no podía faltar en la lista de lenguas propuestas; y, en efecto, Karl Hannemann, fundador de la revista *Euskara* de Berlín, publicó en 1886, un artículo intitulado: *Eine Lanze zu Gunsten des Baskischen als Universal Sprache*, es decir, «Una lanza en favor del vascuence como lengua universal».

Para el vascófilo alemán, es inútil que los sabios se tomen la molestia de inventar una nueva lengua. De todas las existentes, vivas o muertas, la única que reune, según él, las condiciones necesarias para desempeñar tal función, es la vasca. Es esta una obra maestra filosófica, y, en su estructura, se nos muestra a manera de un árbol que envía sus numerosas e interminables ramas en todas direcciones y cuyas raíces al extenderse por todas partes, dan origen a nuevas raíces. Es además sonora, susceptible de modulación y fácil de pronunciar, pues abunda en vocales y evita la aglomeración de consonantes. Extraordinariamente flexible y por decirlo así elástica, se muestra tan apta para la poesía y la filosofía, como para la retórica. Ni éstas, ni otras muchas cualidades que, a juicio del autor, adornan

al Euskera, y que no enumero para no molestaros, le hacen apto, en mi sentir, para ocupar el elevado puesto que Hannemann le asigna; y yo creo que podríamos contentarnos con que llegara a ser, simplemente, la lengua universal de todos los vascos.

Por lo demás, los autores que se ocupan en esta materia, suelen clasificar las lenguas propuestas, en tres clases, según el sistema a que cada una de ellas obedece.

En los sistemas *a priori*, los inventores forman sus respectivas lenguas con completa independencia de las lenguas naturales, y muchos de ellos, procuran basarse en una clasificación lógica de todas las ideas que puede concebir el espíritu humano: clasificación que si fuera realizable, debiera aprenderse en pocas horas, con la misma facilidad con que se aprende a contar todos los números hasta el infinito. En los sistemas *a posteriori*, se toman por base las lenguas naturales y se aprovechan sus elementos, a los que se trata de dar la mayor regularidad posible.

Finalmente, en los sistemas mixtos, se combinan los dos sistemas anteriores.

Pertenecen a la primera categoría los proyectos de Hurquhart, Dalgarno, Wilkins, Leibnitz, Sudre, Grosselin, Vidal, Lettelier, Sotos Ochando, Renouvier, Dyer, Reimann, Maldant, Nicolas, Hilbe, Dietrich, expuestos con método y sana crítica, por Couturat y Leau en su *Histoire de la langue Universelle*.

Pero ninguno de ellos llegó a reclutar un número apreciable de adeptos.

La primera lengua artificial que logró dar la impresión de que el problema estaba bien planteado, fué una lengua de sistema mixto: el Volapük. Dado a conocer en 1880, por su inventor el sacerdote católico Schleyer, su léxico está basado principalmente en el inglés, aunque alterado y mutilado en no pocas de sus palabras; y su gramática es de una regularidad tan asombrosa, que no exagero al afirmar, que puede aprenderse en pocas horas, pues cabe en cuatro páginas, y en esta forma la publicó el inventor en numerosísimas lenguas. La versión euskérica es labortana y se intitula *Glamat blesik baskano-volapükik* o sea «Gramática breve vasco-volapükica».

El volapük dado a conocer, según he dicho, en 1880, adquirió a los pocos años una voga enorme, y llegó al máximo de su extensión en 1888 o 1889, año este último en que se celebró un importantísimo Congreso en París.

El entusiasmo de distinguidos hombres de letras y del comercio de todos los países civilizados que obtuvieron los diplomas de capacidad de diversos grados que conferían el Sr. Schleyer y el Sr. Kerkhoffs, principal propagandista del volapük en Francia, y el número considerable de periódicos y círculos fundados, hicieron concebir a muchos la esperanza de que el problema estaba resuelto.

España siguió también el movimiento bajo la acertada dirección del Sr. Iparraguirre, profesor de la Escuela de Ingenieros de Guadalajara y aquí mismo, en Bilbao, fué propagandista de la nueva lengua y autor apreciable de libros volapükistas D. José M.^a de Zubirria, y partidario acérrimo de una lengua internacional, aunque en espera de un proyecto más viable que el del volapük, el profesor del Instituto Bilbaíno D. Tomás Escrich y Mieg, a quien algunos de vosotros seguramente recordáis.

La mejor prueba de la posibilidad de entenderse en la nueva lengua, me encargué de darla, yo mismo, a algunos bilbaínos incrédulos.

Hacía tiempo que sostenía yo frecuente correspondencia con volapükistas de las más apartadas regiones del mundo y cierto día aposté con algunos amigos a que, en un lapso relativamente corto de tiempo, conseguiría imprimir en Alemania, sin salir por supuesto de Bilbao, un libro escrito exclusivamente en volapük, en el que colaboraran volapükistas de diversos países, sin servirme para la correspondencia con los colaboradores y la imprenta y para la corrección de pruebas, de más lengua que la inventada por Schleyer.

Resultado de esta apuesta, fué el librito *Konils Volapükik*, impreso en Leipzig.

Pero el desencanto no tardó en llegar.

Si bien es cierto que la gramática del volapük es fácil, no lo es menos que hace falta un verdadero esfuerzo para aprender su vocabulario, y que, algunas de sus vocales y

consonantes, son de difícil pronunciación, especialmente para los españoles.

Me cabía, por lo tanto, cierta duda, acerca de si sería tan fácil entenderse con los extranjeros en volapük hablando, como en volapük escrito; y con objeto de darme cuenta de lo que hubiera de cierto en esto, recorrió varios países de Europa, en los que visité a algunos volapükistas.

Con cierta dificultad y hablando despacio, llegábamos a entendernos; pero quedaba demostrado lo que ya sospechábamos, es decir, que para entenderse de palabra y de corrido en la nueva lengua, se hacía precisa una larga práctica, con lo que una de las principales ventajas del idioma universal, la facilidad del aprendizaje, desaparecía por completo.

No fueron sin embargo, ni esta relativa dificultad de comprensión, ni siquiera otros palpables defectos del volapük, como el excesivo sintetismo de su gramática y la escasa internacionalidad de su léxico, los causantes verdaderos de su muerte, sino la intransigencia de Schleyer y el cisma del profesor Kerckhofs, quien al tratar, con muy buen deseo, de simplificar aún más el volapük, introdujo la división y el caos en el campo volapükista.

Por más que el número de lenguas llamadas universales o internacionales inventadas o propuestas en la segunda mitad del siglo xix y primeros años del siglo xx es extraordinariamente grande, sólo una de ellas, el esperanto, ha logrado reunir hasta ahora, un número de adeptos comparable al de los que obtuvo el volapük.

Su inventor, el ruso Zamenhof, estableció dos principios fundamentales para la formación de su lengua: La internacionalidad de las raíces, aprovechando la que existe ya en las lenguas modernas, y la invariabilidad de los elementos lexicológicos; principios, sobre todo el primero, casi universalmente aceptados, por cuantos en estos últimos años han escrito en pro de una lengua universal.

Pero si el principio de la internacionalidad de los vocablos es excelente en sí, los inventores de otros idiomas acusan a Zamenhof de no haberle observado con todo rigor, y de haberse mostrado demasiado complaciente con el germano y con las lenguas eslavas.

De todos modos, apesar del evidente progreso realizado en la materia, como lo prueba, por ejemplo, el Ido, lengua superior al Esperanto, la experiencia de lo ocurrido hasta ahora nos demuestra que, para que la lengua que en último término se acepte como internacional sea estable, es condición precisa que se establezca por una convención de los principales gobiernos o, si se quiere, por una Sociedad de las Naciones.

Así podría, tal vez, mantenerse la unidad necesaria de la lengua y se evitarían los cismas, divisiones y subdivisiones que se observan entre los partidarios de una lengua universal.

Por lo demás, parece que el nuevo idioma habría de reservarse exclusivamente al intercambio científico y a las transacciones comerciales, que en cuanto individuos de diversas nacionalidades pretendieran escribir en él obras literarias, sería difícil mantener la unidad indispensable.

Como ha escrito, con razón, el Sr. Meillet, desde el día en que la nueva lengua adquiera el carácter expresivo e idiomático de un habla tradicional, habría perdido por este hecho, las cualidades esenciales que constituyen su razón de ser.

* * *

Examinado en breves palabras el problema de la lengua universal, pasemos ahora a considerar el estado lingüístico actual de Europa.

Con los datos de un libro reciente, (1) podríamos formar un cuadro en el que aparecieran, por un lado, las lenguas indo-europeas y, por otro, las que no lo son.

Cabrían dentro del primer extremo, las lenguas del grupo céltico; las del grupo neo-latino o románico; las del grupo germánico; el albanés, las lenguas del grupo báltico; las del grupo eslavo, además del griego, el armenio y el indio-iranio.

Quedarían, en cambio, fuera del indo-europeo, el vasco, el ugrofinés, y los grupos turco y caucásico.

(1) A. Meillet, obra citada.

Entre todas estas numerosísimas lenguas, las hay como sabéis muy bien, de muy varia importancia; pues mientras algunas de ellas, sirven de medio de comunicación a muchos millones de hombres y han desempeñado o desempeñan un papel primordial en la historia de la civilización, otras en cambio, se hallan reducidas a meras hablas locales, con poca o ninguna literatura.

Así, por ejemplo, el español, el francés, el italiano, el inglés y el alemán son lenguas de gran civilización; lo son también el ruso, el serbo-croato, el búlgaro, el checo y se hacen titánicos esfuerzos para elevar al mismo rango al irlandés, al islandés, al lituano, al leto y al albanés.

¿Qué representa hoy el vascuence junto a todos estos idiomas?

El vascuence, única supervivencia de las lenguas prerrománicas de nuestra península, se encuentra hoy en situación, que aunque no es idéntica, nos hace pensar en aquella en que debió hallarse cuando los romanos invadieron y dominaron la antigua Iberia.

Entonces, a la lengua vascónica, reflejo del estado social ibero aquitánico, no le quedaban, al parecer, al contacto con la religión, cultura y lengua romanas, más que dos soluciones: desaparecer, morir, como habían muerto sucesivamente las demás hablas prerrománicas de la península o latinizarse, es decir, asimilarse los términos o expresiones de la nueva cultura. Optó afortunadamente, por la segunda, y no hemos de echárselo en cara a nuestros antepasados; que ni la ignorancia ni la rudeza de los tiempos, permitían otra solución más halagüeña, cual hubiera sido la de extraer del fondo tradicional de la lengua, los neologismos exigidos por el nuevo estado de cosas.

Más tarde vino la romanización de diversas fajas de Euskalerría; y al presente, nos encontramos con un problema de difícilísima solución: el de evitar el rápido retroceso del vascuence, que alcanza a casi toda Alava y a importantes regiones de Navarra y Vizcaya.

¿Cuál es la posición de los vascos ante este hecho innegable?

Los vascos, en su casi totalidad, son decididos partidarios de la conservación de su antigua lengua, y la media

docena escasa de escritores que se separan de este unánime sentir, lo hacen bien porque estudian el problema con los ahumados anteojos de una política estrecha y circunstancial, bien porque suponen que la conservación del vascuence constituye una rémora para la cultura del país.

Política estrecha y circunstancial he dicho, y en ello me afirmo, que sólo una ofuscación momentánea y pasajera puede cegar a los vascos hasta el punto de desear la muerte de la lengua de sus mayores. No se concibe, o al menos yo no concibo, la clasificación de los vascos en vascófilos y vascófobos.

El respeto a la lengua es además compatible con todos los ideales políticos; y de hecho yo recuerdo haber convivido en sociedades vascófilas de aquende y allende el Pirineo, con vascos de las más opuestas tendencias.

Más serio es el reparo relativo a la rémora de la cultura: ¿pero quién negará que la verdadera rémora de la cultura en Euskalerría está más bien en el estado de analfabetismo en que se mantiene al honrado casero, como consecuencia del craso error pedagógico de dar la instrucción primaria a un pueblo, en una lengua que no entiende?

Un dignísimo diputado provincial de Guipúzcoa, a quien el acierto con que supo aunar voluntades en el Congreso de Oñate, ha valido el honor de ser designado para la presidencia de la nueva sociedad de Estudios vascos, giraba en fecha no muy lejana una visita en unión de otros compañeros, a una de las escuelas ambulantes que existen en Guipúzcoa y debieran establecerse con mejor método, en Vizcaya.

En dicha visita, observaron que los niños y niñas contestaban en castellano a las preguntas del libro de texto, pero más tarde pudieron comprobar que se trataba de un trabajo puramente mecánico, pues no entendían ni una sola palabra de lo que decían.

A otro señor he oído referir, que cierto día rogó al maestro de escuela que enviara a uno de sus discípulos a hacer un recado al pueblo vecino y que éste le contestó: «lo haré con mucho gusto, pero tendrá Vd. que explicarle lo que desea, pues a mí no me entiende».

¿No prueban estos hechos elocuentes, mejor que muchos discursos, lo irracional del presente estado de cosas?

Pero téngase, además, en cuenta que, de suyo, el bilingüismo de un pueblo, estado que se da, en muchos países, lejos de ser una rémora para la cultura del mismo, más bien despierta y aviva su inteligencia.

Es esto tan evidente, que sólo lo negará quien esté conforme con aquella peregrina contestación que un amigo mío, daba a la siguiente pregunta:

¿Cuál es el hombre más estúpido? El políglota, decía mi amigo, porque el hombre que habla, por ejemplo, siete lenguas, no consigue tener más que una sola idea para cada siete palabras.

Pero si el pueblo vasco se halla decidido a oponerse por todos los medios posibles al retroceso y muerte de su antigua lengua: ¿deberá limitarse a conservarla, como hasta ahora, cual patrimonio exclusivo de las clases modestas, sin incluirla en la enseñanza, sin fomentar su literatura?

Aun dejada de lado toda razón de orden sentimental, la necesidad de convertir al vascuence en lengua de cultura, es consecuencia lógica del deseo de conservarlo: porque es un hecho admitido por todos los lingüistas, que allí donde lucha una lengua de civilización con otra reducida al uso vulgar y que no se cultiva literariamente, la primera acaba por imponerse a la segunda.

Es esto tan cierto, que aun en nuestro propio país, mientras el vascuence cede ante el empuje del castellano, lengua de civilización, permanece estacionario en su frontera vasco bearnesa, porque allí no linda propiamente con el francés, sino con un *patois* vulgar e iliterario.

Un escritor vasco de talento, que, entre sus grandes *boutades*, ha combatido con fortuna algunos de nuestros prejuicios, incurre en uno, a mi ver, serio, cuando escribe que el catalán, el valenciano, el gallego, el bable, el caló mismo, como idiomas de sintaxis latina, sirven como el castellano o el francés: pero que el vascuence no sirve, porque representa una mentalidad tan arcaica que es imposible amoldarla a la vida actual.

Es decir, otra vez, en forma implícita, el argumento de la rémora de la cultura. La sintaxis del latín dista mucho

de la de las lenguas neolatinas, pero además yo no sé que la sintaxis entre aquí para nada en juego.

Si lo que quiere decir Pío Baroja es que la estructura gramatical del vascuence, su carácter sintético la imposibilitan para ser lengua literaria, yo le recordaré que, aparte de que, las lenguas evolucionan, y el vascuence ha evolucionado en sentido analítico, como lo prueba su conjugación, la aptitud para expresar los matices del pensamiento, no está vinculada en lenguas de un solo tipo.

Aun admitida la concepción del progreso lingüístico en el moderno sentido de Jespersen, del todo contrario a la de Schleicher, siempre será cierto el hecho, de que han llegado a ser de gran civilización dos lenguas de idéntico origen, pero de tan diferente tipo actual, como el inglés y el alemán: el inglés, que ha reducido su gramática a la más simple expresión, y el alemán, que abunda en complicaciones gramaticales. Con no menor desenfado que el presidente de los *chapelaundis*, del vascuence hablaban algunos españoles de la edad media del castellano, y éste llegó a poseer, sin embargo, la pujante y hermosa literatura que todos conocemos.

Oíd este trozo del *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés.

•*Marcio.*—Maravillome mucho que os parezca cosa tan estraña el hablar en la lengua que os es natural. Dezidme: si las cartas, de que os queremos demandar cuenta, fueran latinas, ¿tuvierades por cosa fuera de propósito, que os demandaramos cuenta de ellas?

Valdés.—No, que no la tuviera por tal.

Marcio.—¿Porqué?

Valdés.—Porque he aprendido la lengua latina por arte y libros, y la castellana por uso, de manera que de la latina podría dar cuenta por el arte y por los libros en que la aprendí, y de la castellana no, sino por el uso común de hablar. Por donde tengo razón de juzgar por cosa fuera de propósito que me quereis demandar cuenta de lo que sta fuera de toda cuenta.

Marcio.—Si os demandassemos cuenta de lo que otros escriven de otra manera que vos, terniades razon de scu-

saros, pero, demandandosal de lo que vos escrivis de otra manera que otros, con ninguna razon os podeis excusar.

Valdés.—Cuando bien lo que dezis sea assi, no dexaré de scusarme, porque me parece cosa fuera de proposito que querais vosotros agora que perdamos nuestro tiempo hablando en una cosa tan baxa y plebeya como es panticos y primorcicos de lengua vulgar, cosa a mi ver tan agena de vuestros ingenios y juicios que por vuestra no quisiera hablar en ella quando bien a mi me fuese muy sabrosa y apazible.»

De cosa baja y plebeya se califica el estudio de la lengua castellana en este diálogo, por uno de los interlocutores, si bien el otro, con mejor sentido, añade que «todos los hombres somos más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros.

No! La dificultad no está propiamente en el carácter o tipo de la lengua, sino en otras circunstancias como el extraordinario fraccionamiento dialectal, el abandono del vascuence por las clases directoras y el reducido número de vascos que existen.

Si en vez de ser un millón, fuéramos veinte o treinta millones, la solución no se presentaría tan difícil!

Pero antes de examinar el primero de estos aspectos del problema, digamos algo de los ensayos hechos hasta ahora para convertir al vascuence en lengua literaria.

Yo quisiera tener la brillante imaginación que permite a un joven escritor bilbaíno equiparar la rudimentaria y escasa literatura vasca medieval a las más ricas literaturas de Europa, pero la sinceridad de la que soy esclavo, de un lado, y mi espíritu realista de otro, me obligan a ser veraz y a dar a cada cosa su justo valor.

No, no es cierto que la lengua vasca poseyera en la Edad Media una rica literatura. Los ensayos literarios de nuestros antepasados fueron modestos; esto es indudable. Pero no porque fueran modestos, hemos de echarlos en olvido.

El nombre de Bernardo Dechepare, autor de *Lingvæ Vasconum Primitiæ*, primer libro conocido impreso en vascuence, en el que el poeta del siglo xvi declara formalmente su deseo de que la lengua vasca salga desde aquel momento a tomar parte en las lides literarias, debiera grabarse en la memoria de todos los que sentimos ferviente culto por la historia y tradiciones de nuestros mayores y, junto a él, el de Pedro de Madariaga, que dejó escritas en su *Honra de escribanos* de 1555, estas palabras dignas de ser esculpidas en algún monumento de Vizcaya: *Yo no puedo dexar de tomar un poco de colera con mis Vizcaynos porque no se sirven de ella en cartas y negocios: y dan ocasión a muchos de pesar que no se puede escrevir haviendo libros impresos en esta lengua.*

Recordemos también los nombres de los primeros paremiólogos vascos Garibay, Oihenart, Voltoire y Sauguis, los cuales, al recoger los refranes de la boca del pueblo o al adaptar al vascuence los proverbios y dichos castellanos y franceses, nos han trasmitido un apreciable caudal de voces hoy en olvido y desuso.

La traducción del Nuevo Testamento por Leiçarraga y sus colaboradores, supone también un esfuerzo digno de tenerse en cuenta, si bien su léxico abigarrado y exótico contrasta con la profusión de formas verbales de indiscutible interés.

El movimiento literario del país vasco-francés aventaja sobre manera al del vasco-español en el siglo xvii, como lo prueban los nombres de Etcheberri, Haramboure, Harizmendi, Dargaignarats, Oihenart, Sauguis, Tartas, Arambillaga, Gazteluzar y sobre todo Axular, *Saraco errotora, escuaraezco autoretaric hautuena*, como le llama el doctor labortano.

De esta época data, sin duda, el aprecio en que se ha tenido en todo el país al vascuence de Sara, pintoresca villa del Labort y que permitió a Joannes d'Etcheberri escribir su capítulo: *Saraco escuara, escual-herriguztian estimu eta ospe handitacoa da.*

De entonces acá, los esfuerzos de aquende y allende el Pirineo para crear una literatura vasca son más intensos: recordad las publicaciones de Manterola Azkue, Arana-

Goiri, Aguirre, Iriart-Urrutty, Adema y tantos otros: la institución de fiestas literarias vascas; la creación de sociedades de propaganda y la fundación de escuelas, de revistas y periódicos.

Pero en estos ensayos se echa de ver el excesivo individualismo de nuestros escritores, que no han intentado o no han sabido ponerse de acuerdo respecto a la forma en que debía encauzarse el resurgimiento de su lengua.

He dicho que una de las principales dificultades con que se tropieza es el extraordinario fraccionamiento dialectal.

El Príncipe Luis Luciano Bonaparte admitía la existencia en el vascuence de ocho dialectos y veinticinco variedades, y aun cuando estas clasificaciones en dialectos y variedades están hoy anticuadas, porque se ha comprobado que los límites de los diversos fenómenos lingüísticos no coinciden entre sí, no por eso deja de ser cierto, que nuestra lengua, como otras muchas, reviste según los lugares y regiones formas múltiples y variadas.

Escritores poco versados en estas materias han propuesto la unificación de todos los dialectos; pero la unificación en forma rápida y violenta es una verdadera utopía.

Observemos lo que ocurre aún en países muy adelantados y en los que apenas existe el analfabetismo. A pesar de la indudable influencia de la escuela y de la literatura, como elementos unificadores, las hablas locales coexisten con la lengua oficial, y allí donde desaparecen, se extinguén en general, muy lentamente.

Otra solución sería, y es la que hoy reúne más partidarios, la de cultivar y fomentar, de preferencia, como literario, uno de los dialectos existentes, el cual, admitido en cierto modo, como lengua común, contribuyese, en mayor o menor escala, a la unificación lenta y progresiva del idioma.

Llevada a la práctica sin exageraciones ni extremos, esta pudiera ser la solución más aceptable, si bien no se nos oculta que la falta de una tradición literaria única, (al presente se cultivan cuatro dialectos literarios) y el espíritu localista, hasta cierto punto justificado, constituirían escollos de no pequeña monta.

Digo sin exageraciones y extremos, porque tomada al pie de la letra tendría el inconveniente de cerrar el camino a escritores de natural talento y aptitudes que no se decidieran a escribir en un dialecto que no fuera el suyo y en el que se verían privados de frescura y lozanía, cualidades muy apreciables, sobre todo en una literatura espontánea y popular como la nuestra. Claro está que de suyo sería preferible no tomar resolución alguna y esperar a que, como ha ocurrido en España, Francia e Italia, uno de los dialectos dominara por la fuerza de las circunstancias: pero es de temer que la gravedad del caso no admite demora.

Algunos lo esperan todo de la futura Academia. Yo, sin negar la utilidad de esta institución, opino que este problema es más bien convencional que técnico, y que su resolución incumbe en último término al país, debidamente asesorado e ilustrado, o si se quiere, a sus legítimos representantes, las Diputaciones.

Por eso hubiera deseado que acerca de esta y otras cuestiones se hubiera hecho luz en el Congreso de Oñate, o en otro congreso especial convocado al efecto, en el que se hubieran discutido las orientaciones de la nueva Academia, y se hubiera explicado al país en detalle, el método que ésta habría de seguir en los trabajos de lo que se ha dado en llamar «reconstitución» del idioma. Porque no nos llamemos después a engaño! Si la Academia fracasa por mala orientación, por falta de ambiente, o porque sus resoluciones no sean acatadas, su fundación en vez de un adelanto, constituirá un retroceso! A todas horas oímos hablar a personas que por lo visto no se dan cuenta de como se plantea el problema, de «reconstitución del euskeria». Pero ¿es acaso que tenemos el medio de reconstituir el idioma tal como se hallaba constituido hace mil o dos mil años? ¿Dónde están los datos, los documentos, la tradición literaria, los idiomas hermanos que nos permitan hacerlo?

Y aun cuando lo tuviésemos ¿creéis que sería posible, ni conveniente implantar tal idioma?

¿Qué diríamos de quien pretendiera hoy suprimir las lenguas románicas para volver al latín, o el inglés y el alemán, para volver al antiguo germano?

Pues no olvidemos que las lenguas neolatinas son el latín, lo que el vascuence actual es al vascuence antiguo, con la diferencia en contra nuestra, de que conocemos el latín, y no sabemos lo que fué, en otros tiempos, el euskera.

Estas reconstrucciones de lenguas, a menudo aventuradas, son muy interesantes desde un punto de vista científico, pero no tienen ningún interés práctico.

Escriptor conozco, sin embargo, que desde el día en que creyó descubrir una forma antigua del imperfecto vasco, comenzó sin más a usarla en sus escritos, sin preocuparse de si sus lectores la entendían o no; y como en estas reconstrucciones hay mucho de subjetivo e hipotético, los autores llegan a las conclusiones más opuestas y contradictorias, con lo que en vez de adelantar, se retrocede en el camino emprendido.

Los checos han logrado, según parece, enlazar el presente resurgimiento de su lengua con su rica literatura de hace un par de siglos: pero a nosotros, que no tenemos apenas tradición literaria, no nos queda más remedio que partir, para la formación de la literatura, del lenguaje actual, eso sí, en su forma más pura y castiza.

No olvidemos ni por un solo instante, que si bien una lengua literaria tiene algo de artificial, no es, sin embargo, una lengua artificial.

En un idioma literario, se pueden y se deben aceptar los neologismos requeridos por las nuevas necesidades de los tiempos, bien admitiendo los recibidos universalmente, bien formándolos con elementos propios, para lo cual nuestra antigua lengua se nos muestra excepcionalmente apta, a causa de sus procedimientos de derivación y composición: pero no se debe romper, ni siquiera aflojar, el nexo que necesariamente ha de existir entre la lengua literaria y el habla vulgar y que es causa de la constante renovación del idioma.

Por eso el purismo del léxico, que todos aceptamos como tendencia, no puede admitirse como principio fijo e inexorable, so pena de ahondar aún más la zanja que separa al pueblo de la lengua literaria.

Las lenguas que gozan de vida próspera y lozana

no incurren en esos excesos de purismo, según dije en otra ocasión!

Estas ideas que hace años eran recibidas con general recelo, van hoy abriéndose camino, y yo vi con satisfacción en el Congreso de Oñate, que un espíritu tan perspicaz como el del Sr. Elizalde, admitía mi proposición de que, a falta de voces originarias y genuinamente vascas, debían tenerse como tales aquellas asimiladas a nuestra lengua mediante una evolución semántica o fonética.

Y esto es lo natural y razonable: que todos los idiomas de la tierra están formados por aluvión, y es completamente imposible encontrar uno solo que no tenga elementos advenedizos.

La futura Academia, habrá pues, de unificar la ortografía, seleccionar y determinar dentro de cada dialecto y entre las innumerables variantes, aquellas que por ser de uso más general, hayan de emplearse en el lenguaje escrito: formará los neologismos necesarios, aprobando o desecharando los propuestos por diversos autores: pero si no se basa en los principios de sentido común que he expuesto, o si se inspira en las ideas y prejuicios que refuté en Oñate, o en otros similares, corre el riesgo de ser un fracaso.

Estas palabras mías parecerán a algunos demasiado pesimistas, pero me he creído en el caso de pronunciarlas, ahora que todavía es tiempo, porque entiendo que lo esencial, lo que urge es salvar la lengua y que todos estamos obligados a poner, con sinceridad y nobleza lo que esté de nuestra parte para conseguirlo.

Pero no olvidemos que la lengua es un fenómeno social y que si un individuo aislado tiene poca acción sobre ella, en cambio un pueblo unánime y consciente puede influir en su marcha y desarrollo.

Que nuestras Diputaciones establezcan y fomenten la enseñanza del euskera y en euskera; que la Academia encauce los esfuerzos y que sirva para dar unidad al movimiento y buena orientación a los trabajos: pero para esto es preciso que los trabajos y esfuerzos existan, y que todos y cada uno de nosotros aislada y colectivamente coadyuvenmos al resurgimiento del idioma.

Sólo así lograremos despertar el amor hacia la lengua, latente aun en los pechos más indiferentes y fríos, y conse-



guiremos que suenen a inoportunas e injustificadas aquellas palabras de Pedro de Madariaga: *yo no puedo dexar de tomar un poco de colera con mis vizcaynos porque no se sirven de ella en cartas y negocios, y dan ocasión a muchos de pensar que no se puede escrevir haviendo libros impresos de esta lengua.*

HE DICHO.



Publicaciones de la JUNTA DE CULTURA VASCA

ESTUDIOS JURÍDICOS DEL FUERO DE VIZCAYA. — *José Solano y Polanco.*

LA UNIVERSIDAD VASCA. — *Angel Apraiz.*

EL VERBO FAMILIAR Y DIALOGADO. — *Manuel de Arriandiaga.*

LA LUCHA POR EL IDIOMA. — *Luis de Eleizalde.*

MÚSICA POPULAR VASCA. — *Resurrección M.* de Azkue.*

EL TIPO Y RAZA DE LOS VASCOS. — *Telesforo de Aranzadi.*

LOS GENTILES DEL ARALAR. — *Telesforo de Aranzadi.*

LA TRADICIÓN ARTÍSTICA DEL PUEBLO VASCO. — *Carmelo de Echegaray.*

ENSAYO DE UN CATÁLOGO DE LA SECCIÓN VASCONGADA. — *Dario de Areitio.*

POESÍAS. — *Francisco de Iturribarriá.*

INVESTIGACIONES HISTÓRICAS. EL SEÑORÍO DE VIZCAYA Y LOS LUGARES DE LIMPIAS Y COLINDRES. — *Florencio Amador Carrandi.*

EL IDIOMA EN LA ESCUELA Y LA RAZA EN LA UNIVERSIDAD. — *Domingo Miral.*

DESCRIPCIÓN HISTÓRICA DEL VALLE DE GORDEJUELA por *D. Eduardo Escarzága.*

ALGUNOS ESCRITORES VASCONGADOS DESDE 1874. — *Joaquín de Zuazagoitia.*



